

EL DESAFIO PASTORAL DE LA CIUDAD

Germán Ortíz Díaz

El campo y la ciudad, dos modelos de sociedad

La imagen de un paraíso idílico, donde seres humanos, animales y vegetales viven en perfecta armonía bajo los rayos calientes del sol durante el día y la suavidad de las estrellas y de la luna durante la noche, estuvo siempre presente el subconsciente de la cultura occidental. Ciertamente el relato de la creación del Génesis juega allí su papel.

La vida en el campo, la vida rural, se entendió siempre como sinónimo de vida más cerca de Dios, considerada más saludable moral, psíquica y físicamente. La ciudad como lugar de pecado aparece con frecuencia en los relatos bíblicos desde Sodoma y Gomorra, pasando por Jerusalén que mata a los profetas y será destruida, hasta Babilonia la gran prostituta. Al mismo tiempo las imágenes que marcan la fe cristiana son todas del mundo rural: la semilla, la mies, la viña, el rebaño, el buen pastor, el lago y la pesca.

Sin embargo, el cristianismo fue, desde su comienzo, prevalentemente urbano. En los evangelios y más aún en los Hechos, podemos seguir perfectamente el camino de la Buena Nueva, de ciudad en ciudad, primero en Palestina y luego en todo el mundo romano.

Jerusalén es la imagen de la ciudad de Dios y la Nueva Jerusalén es su realización. Estas dos imágenes de Jerusalén, van a estar presentes en las páginas del Nuevo Testamento, como señal de la tarea que los seguidores del resucitado tenían que cumplir en los grandes centros urbanos, tanto judíos como paganos.

Un desarrollo imparables

El fenómeno "urbano", a su vez, es propio de nuestra época. En medio siglo la población mundial ha pasado a vivir predominantemente en las ciudades. El crecimiento rápido de las ciudades ha sido el resultado de cambios estructurales en el modo de producción y de la economía. La economía se ha modernizado, el campo se ha vaciado y las masas trabajadoras se han desplazado a las ciudades. Estos conglomerados humanos se han convertido en polos industriales y comerciales. Esto ha presentado problemas insolubles a los países pobres y sin recursos suficientes para crear un espacio dotado de infraestructura necesaria en términos de vivienda, transporte, sanidad, educación. Al faltarles esto, las ciudades del Tercer Mundo son menos "ciudades" que conglomerados precarios, de una inmensa población dispersa en la periferia, que

corona, no propiamente de gloria, la zona central y los barrios de la clase alta.

Una auténtica revolución

El fenómeno nuevo de las ciudades tomó por sorpresa a las Iglesias que, desde la Edad Media, vivió fuertemente estructurada en la organización parroquial rural. Pero los estados y gobiernos tampoco estaban preparados para recibir su impacto. No se consigue encontrar respuestas adecuadas a las cuestiones que la ciudad plantea. En la raíz del problema las instituciones se enfrentan no solamente con una población que cambió de lugar, o con un número excesivo de habitantes que se disputan el mismo espacio; la urbanización provocó cambios profundos en la vida de las personas y destruyó los lazos anteriores, contruidos durante un largo tiempo, lazos de vecindad, de amistad, de compañerismo y comunidad. En las ciudades se viven nuevas realidades y nuevos valores que constituyen una nueva cultura, la cultura de la modernidad.

Lo urbano es una cultura característica, un modo de vivir, de sentir y de pensar. Es en la ciudad donde los valores de libertad, de individualidad, encuentran su campo de expresión. Es sintomático recordar que ya en la Edad Media se cantaba el verso "en la ciudad el aire que se respira es libre". El control social de la familia, de la tradición y de la religión, tan presentes y con autoridad en la zona rural, se debilitan mucho y

casi desaparecen en la ciudad. En ella, cada cual elige y hace su vida. Por eso aún en condiciones materiales más precarias, se elige la ciudad.

El anonimato de la ciudad se percibe en primer lugar como ventaja de ausencia de cualquier control social. La movilidad no es solamente física. Es también de trabajo y de condiciones de vida. Raramente en la ciudad la persona, y sobre todo el obrero, permanece toda su vida en el mismo barrio o hace el mismo trabajo. Se calcula que los dueños, los productos y las costumbres cambian en el espacio de pocos años. La vida urbana, al contrario de la rural, no está ligada a la naturaleza inmutable en la sucesión de las estaciones y de los climas. El ritmo urbano es dado por la historia en la que las libertades determinan los acontecimientos.

Con la irrupción de los medios de comunicación de masa, la ciudad no solo llegó a ser el centro productor de nuevos valores, sino que los exporta afuera a la zona rural. Los "media" sobre todo la televisión y la radio, "crean" la realidad que se "vende" a todos. Lo que no está en los "media", sencillamente no existe. El conjunto de informaciones en la ciudad es impresionante. Si nos paramos a mirar las vayas publicitarias en las calles, los anuncios publicitarios en los "media", lo que leemos en un supermercado, podemos percibir fácilmente que constituyen un peso con el cual el ciudadano urbano tiene que lidiar todos los días. La ausencia ética transforma los "media" en vehículo promotor de

aquello que más vende. Lo que más vende es aquello que proporciona más placer, o que supone un compromiso menor. Los héroes de la cultura moderna urbana son los artitas y presentadores de la TV, los deportistas. Los pobres engañados, con un sueldo de hambre, se consuelan con la riqueza de sus ídolos.

El lado perverso de la ciudad

La megápolis es el escaparate de la cultura de la modernidad. Se erige orgullosa pregonando su poder. Los centros industriales pasan a ser centros financieros cuyas bolsas y bancos condicionan la vida de todos.

- Al mismo tiempo, las grandes ciudades no consiguen disfrazar ya su vulnerabilidad. Son las mayores productoras de basura, mucho más voluminosa de lo necesario a causa del consumismo exagerado.

- Las megápolis, y no solo del tercer mundo, pueden pararse sencillamente porque se crucen de brazos la clase más sacrificada de los recogedores de basura. La especulación inmobiliaria obligada a la ocupación de las tierras y los edificios públicos, con el surgimiento de viviendas de construcción precaria.

- En la esfera de los transportes la fragilidad urbana es más visible aún. También las ciudades organizadas son vulnerables, como Bogotá, México, Sao Pablo, etc. y allí no es la falta de transportes públicos. Es el "virus" del indivi-

dualismo que pone a cada ciudadano, y a él solo, en carro en medio de las calles. Irónicamente el ensanche de las calles y la apertura de nuevas carreteras son una invitación a que circulen más carros.

- Es en los tiempos actuales de la economía globalizada cuando ejerce una de las facetas más perversas de la megápolis. La que lanzó a la población rural la oferta de empleos industriales, lanza ahora al desempleo a sus ciudadanos. Los índices son crecientes, mucho mayores en la zona urbana que en el conjunto de país. Y las ciudades están invadidas de mendigos, menores, pobres, gente de la calle y batallones de "trabajadores" informales, casi en su totalidad simple vendedores ambulantes de producto superfluo y de calidad inferior al de los grandes supermercados de cadena de nuestros países. Este hecho cambió el rostro de las grandes ciudades de los países en desarrollo.

La fragilidad de la megápolis crean un clima de inseguridad, incertidumbre y violencia. En los últimos años las grandes ciudades se han transformado en lugar de tráfico de drogas, de asaltos, de secuestros y de todo tipo de violencia. La marginación se alarga y las clases afectadas procuran defenderse en un individualismo caro e ineficaz.

Un reto para la evangelización

Las ciudades constituyen un desafío profundo para la iglesia y su acción pastoral. El servicio de la Iglesia tiene que

pensarse como servicio desde la Palabra de Dios, tratando de generar conciencia crítica en los habitantes de la ciudad, desde los elementos éticos que ofrece el texto sagrado. Esta nueva conciencia debe colocar a los cristianos en diálogo abierto con el mundo de hoy.

- El primer rasgo de este desafío es el pluralismo religioso. La ciudad, lugar de modernidad, es también el espacio de las religiones en su trabajo proselitista. En la ciudad el cristiano católico ve difundirse ahora otras iglesias evangélicas y otras religiones tradicionales y, además, un sinnúmero de grupos religiosos independientes, sea de origen cristiano, sea de raíces orientales, además de las formas sincretistas más variadas. El individualismo de la cultura moderna privatizó igualmente la religión. Cada cual escoge aquello que le gusta más. Las iglesias o religiones se exponen como los productos expuestos en un supermercado. El tele-evangelismo llevó el producto religioso a la televisión y al espectáculo. En los países pobres la religión pasó a ser la única esperanza de sanación, de empleo, de solución para los problemas familiares.
- El otro gran reto al que se enfrenta la pastoral urbana es el choque con los valores religiosos tradicionales. Una religión de tradición, de padres a hijos a través de generaciones, ya no existe en la ciudad. La prueba de esto es la juventud. Los hijos de padres que siguen yendo a la iglesia se dedican a otros quehaceres. El "catolicismo cultural" de nuestros países latinoamericanos se ve

duramente puesto a prueba. En la medida en que las generaciones se van sucediendo va disminuyendo, prácticamente, el número de católicos. En la cultura urbana la fe cristiana o es el fruto de una convicción personal profunda o se diluye en los enredos de valores contradictorios. K. Rahner afirmaba que el cristiano del futuro o será místico o no será cristiano.

- El fenómeno de la juventud y de otras clases urbanas (comunicadores, artistas) que no frecuentan la Iglesia puede dar una impresión de que la iglesia perdió a esa clase, como perdió a la clase obrera al comienzo de la era industrial. En rigor sería más exacto pensar que la iglesia no las perdió. Nacieron ya fuera de la Iglesia. Son el producto de un mundo moderno con el que la Iglesia tiene una inmensa dificultad para dialogar. Es una cuestión de inculturación del evangelio. El modo de vida de la megápolis moderna no cabe en el catolicismo tal y como fue vivido hasta ahora.

- Sería necesario asumir un largo trabajo y esfuerzo de creación de una nueva síntesis entre fe y vida. Esta síntesis que quebró hace mucho tiempo en el catolicismo occidental, pero la emergencia de la modernidad la puso más en evidencia. No se trata de relativizar verdades eternas. Se trata de aprender posturas de vida que abandonen el autoritarismo, la desvalorización práctica de los valores terrenales. Se trata de crear la cultura de valorización de los laicos, hombres y mujeres, de su parti-

cipación en la misión. La ciudad desafía a la Iglesia por medio del diálogo, el aprendizaje de gestos nuevos u originales. Las palabras son conocidas, pero la Iglesia debe aprender las actitudes y los gestos que la concreten.

• Otro campo en que la megápolis desafía profundamente a la Iglesia es el de la organización. La Iglesia en la ciudad grande llevó fundamentalmente la organización de la zona rural. En realidad no fue posible acompañar el crecimiento de las ciudades con un número correspondiente de parroquias y sacerdotes. Por otra parte, la simple subdivisión de megápolis en varias diócesis no añade ninguna novedad de calidad y rompe su unidad.

Las comunidades cristianas urbanas deben abrirse a un creciente pluralismo de formas. Parroquias, comunidades de base, grupos de la calle, grupos de movimientos apostólicos, de movimientos de espiritualidad, deben ser respetados para responder a la necesidad de lazos afectivos, de espacio de profundización de celebración comunitaria de la fe. En la zona rural la persona se sentía bien identificada sencillamente con sentirse católica. En la ciudad grande necesita de una identificación más próxima y concreta... necesita sentirse miembro de una comunidad, de un grupo, de un movimiento.

Pero la acción especial en ambientes determinados de la megápolis exige más que un esfuerzo pastoral. Exige la creación de nuevas estructuras eclesiales

que respondan mejor al hombre y a la mujer que se desenvuelven en el mundo de la ciudad.

• La periferia urbana física, pone en evidencia otra periferia, la religiosa. En los países "cristianos" hay una masa significativa de cristianos que fueron bautizados, y que siguen frecuentando ocasionalmente la iglesia, pero que no participan de la comunidad eclesial. Esa "periferia religiosa", a la que no llegan los servicios regulares de la palabra y de los sacramentos, se ha convertido en campo fecundo para el proselitismo de los movimientos religiosos independientes, sobre todo de corte carismático. Esta situación de "periferia religiosa" es muy antigua, pero lo que la hizo visible fue el desplazamiento del pueblo hacia la ciudad. Las grandes ciudades de los países pobres pone al desnudo, simultáneamente la miseria material de una inmensa capa de la población.

Entre la nostalgia y la esperanza

Una iglesia en la ciudad debe ser una iglesia nueva, siempre joven, como la propia ciudad forjadora de nuevos modelos de vida. La proximidad, el espacio reducido de las grandes ciudades ofrecen ventajas que no han sido aun suficientemente exploradas por la Iglesia, paralizada, en la mayoría de las veces frente a lo inusitado y a las dificultades de los retos de la ciudad.

Si es cierto que esta, en muchos casos, es el lugar del pecado, está representada también por Jerusalén, la ciu-

dad del gran Rey, la sede de la paz y de la justicia, el lugar de la casa del Señor, que todo creyente aspiraba visitar y hasta morar en ella... La ciudad es presentada también en el Apocalipsis como señal del Reino plenamente realizado. Un paraíso urbano construido de oro y piedras preciosas, con medidas exactas y equilibradas, protegidas por murallas. Ciudad que no precisa del sol ni de la luna porque la gloria de Dios la ilumina y el Cordero es su lámpara. En ella no entrará nunca inmundicia, abominación y mentira (Ap 21, 9- 27).

Entre esas dos utopías, la de la nostalgia y la de la esperanza, vive la población del mundo en el comienzo de este nuevo milenio. La acción de las iglesias tiene que buscar con valentía caminos que ayuden a la humanidad a convertir sus ciudades en espacios más humanos, donde la palabra de Dios anunciada y la Eucaristía celebrada apresuren el día en que los signos de la fraternidad y de la justicia se impongan cada vez más sobre la mancha del individualismo y de la deshumanización.